

Novbre. 1914

# PACIFICO

Preco UN PE

## MAGAZINE





*...Entonces se puede ver desde abajo la Virgen que se recorta blanca y pura sobre el fondo del cielo, con los brazos levantados hacia la inmensidad, como si guiara a los hombres hacia regiones de luz, mientras su túnica de grandes pliegues se extiende protectora sobre sus miserias...*

# El San Cristóbal



...Aquí y allá diseminados por las laderas cubiertas de yerbas silvestres...

Más que el Santa Lucía, magnífico peñón que constituye un justo orgullo para nuestra ciudad tan pobre en paseos, se impone por su tamaño el Cerro San Cristóbal. Desde cualquier punto que se le busque con la mirada, puede vérselo junto a Santiago como un centinela gigante que medítase sobre el destino de ese medio millón de almas que pulula a sus pies con la agitación de gusanillos. Cualesquiera que sean los trastornos que se operen a su alrededor, el San Cristóbal permanece inmutable, sin perder por un instante su actitud de hombre grave y sesudo. ¡Qué de cosas podría contarnos ese taciturno testigo de la historia de Santiago si una conmoción milagrosa despertara sus entrañas de piedra y pudiera expresar en nuestro idioma sus íntimos pensamientos! Porque él ha visto el nacimiento de los primeros pobladores de esta angosta cinta de tierra y solamente él sabe de dónde vinieron. Desde la Edad de Piedra, ¿desde



...Acuden al pie de la Virgen devotas de todas edades y condiciones...

edades pretéritas a las nuevas generaciones del presente, y a las que han de venir. Visión familiar, pedazo de nuestro suelo: debemos guardarte en el fondo del cerebro

*Después de dirigir la vista hacia el cielo, se piensa en cosas de la tierra...*



*La ciudad se ve desde allí como un campamento de Illiputienses...*

mucho antes tal vez? Hasta nuestros días, el viejo San Cristóbal conoce el secreto. Preguntádselo. Nada os responderá. Su reserva tiene algo de la grandeza sagrada del Misterio Eterno.

Sólo cuando en las tardes el sol da sobre el valle su última mirada, el gesto del San Cristóbal parece suavizarse en una sonrisa de bondadosa despedida. Entonces se le puede ver desde abajo, coloreado de tintas delicadas, destacándose en toda su plenitud, desde sus caminitos que suben serpenteando por sus flancos, hasta sus heridas sangrientas de las canteras, su bonete gris del Observatorio y la Virgen que se recorta blanca y pura sobre el fondo del cielo, con los brazos levantados hacia la inmensidad como si guiara a los hombres hacia regiones de luz, mientras su manto de grandes pliegues se extiende protector sobre sus miserias.

¡Viejo montículo venerable! Debemos respetarte como un legado hecho por las



*Después de cumplir un voto desciende con el alma aliviada*



*Un aspecto de las canteras que amenazan destruir el San Cristóbal*

como un tesoro que sacaremos a luz cuando el destino nos lleve lejos, cuando necesitamos algo que nos evoque la imagen ruda y severa de la patria ausente. El San Cristóbal es lugar de peregrinación y de piedad.

Desde que existe en la cumbre la imagen de la Virgen, colocada allí por iniciativa de una congregación de religiosos, acude en los días festivos y en determinadas fechas del año, una cantidad de gentes devotas que trepan penosamente sus ásperas laderas para ir a depositar al pie de la enorme estatua, sus preces o sus dávidas sencillas. Son frecuentes las romerías organizadas para suplicar a los poderes divinos una protección para las calamidades materiales o mora-

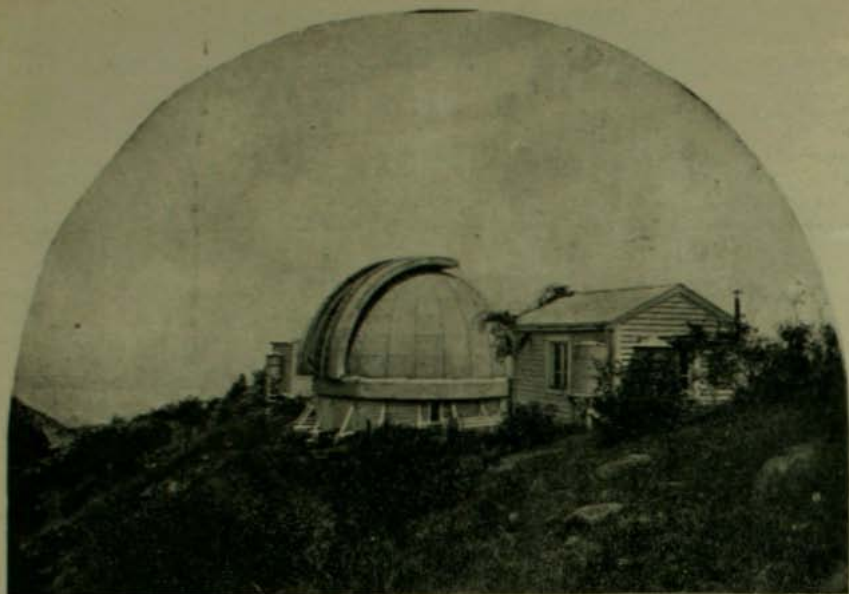


*Tallando adoquines para empedrar las calles de Santiago*



*Un picapedrero de obra fina*

les que suelen afligir a la población: una sequía continuada, el anunciado peligro de alguna catástrofe, la epidemia que diezma los hogares, son ocasiones corrientes que ponen a prueba la fe ingenua de muchas almas piadosas,



*En una de las cumbres del San Cristóbal aparece la cúpula del Observatorio*

Entonces se puede ver el espectáculo curioso y conmovedor de una interminable fila de peregrinos, mujeres en su mayor parte, que sube por el camino en zig-zag de uno de los flancos, como apretada caravana de hormigas, negras, entonando canciones místicas que se elevan angustiosamente al cielo, implorando perdón para las almas pecadoras. La voz grave del sacerdote que los guía, las agudas voces de las mujeres, la misma rusticidad y desafinación de los coros, contri-



*Los miembros de la Comisión norte-americana en la puerta de su casita de la cumbre*

buye a darle cierta solemnidad lúgubre a estas fiestas antiguas conservadas por la tradición.

Mujeres de todas las edades y condiciones, en vueltas en el negro sudario del manto, las frentes concentradas en una obsesión común, las miradas fijas en el suelo, arrastran sus pasos por el sendero pedregoso desgranando al aire libre sus cánticos y plegarias. El árido cerro recoge en sus pliegues el rezongo monótono de las oraciones y las lleva en sus ecos al

pie de la Virgen que las espera en su eterna actitud dulce y acogedora. No faltan romeros que, ávidos de martirio, caminan con los pies descalzos y, aún los hay que van sobre las desnudas rodillas, con los brazos en cruz, sudorosos y ensangrentados.

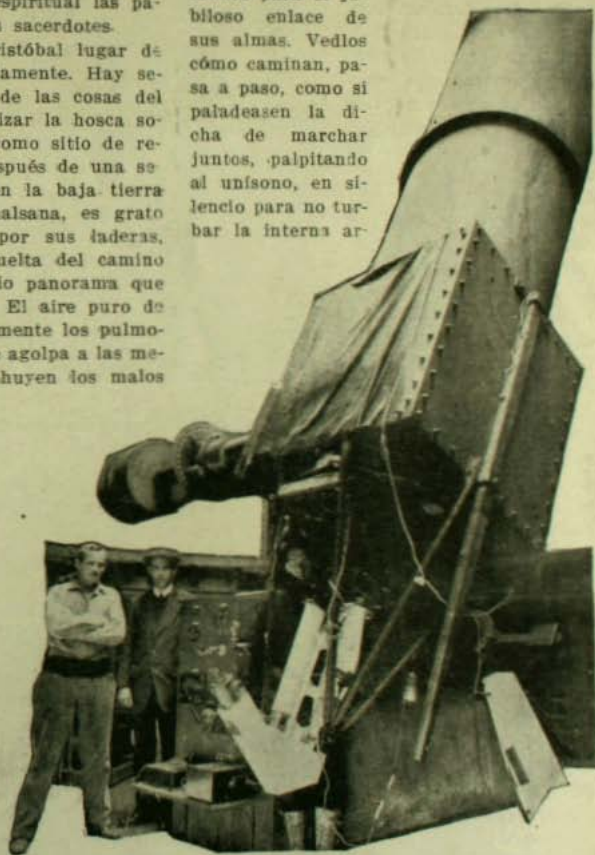
La imagen mide más de ocho metros de altura y se levanta sobre una base de piedra que forma en su concavidad una pequeña capilla a manera de gruta, con todos los atributos divinos que la habilitan para el oficio religioso. Delante de la virgen, más allá de una escalinata de piedra se agrupan en anfiteatro, asientos rústicos de madera, rodeados por una salvaje decoración de rocas. Es allí donde vienen a descansar los fieles después de su penosa ascensión y reciben como refrigerio espiritual las palabras alentadoras de sus sacerdotes.

Pero no es el San Cristóbal lugar de peregrinación piadosa solamente. Hay seres más despreocupados de las cosas del cielo y que prefieren utilizar la hosca soledad de sus vericuetos como sitio de recreo y esparcimiento. Después de una semana de pesada lucha en la baja tierra cargada de atmósfera malsana, es grato ascender pausadamente por sus laderas, deteniéndose a cada revuelta del camino para contemplar el amplio panorama que se desarrolla a sus pies. El aire puro de las alturas llena violentamente los pulmones, agítase la sangre y se agolpa a las mejillas en oleadas tibias, huyen los malos pensamientos y el cerebro se aligera y se desenvuelve ágil y robusto.

La ciudad se ve desde arriba como un campamento de hiliputienes y parece como que todas las preocupaciones que agitan a los hombres adquieren la misma proporción. En cambio, la mirada descubre horizontes inmensos; se detiene apenas más allá de la fértil planicie del valle y va a morir en atenuaciones de dulzura en el azulado anfiteatro que forman los

montes lejanos; la cordillera de la costa, las cadenas de cerros de San Bernardo, Los Andes immaculados como una inconmesurable afirmación de fuerza y de pureza. ¡Y qué de matices infinitos en la coloración del maravilloso círculo de alturas distantes! El azul intenso, el celeste, el azul ceniza se combina en centenares de aleaciones para formar una inefable sinfonía de color, junto con el cielo y los campos verdes.

No es raro encontrar en el San Cristóbal parejas de jóvenes enamorados, que huyen de las miradas aplanadoras del mundo mezquino para buscar, en inconsciente rasgo de emancipación, un poco de libertad para sus amores, una decoración apropiada para el divagar de la mente y testigos mudos para el jubiloso enlace de sus almas. Vedlos cómo caminan, pasa a paso, como si paladeasen la dicha de marchar juntos, palpitando al unísono, en silencio para no turbar la interna ar-



El antejo monstruo del Observatorio

para no turbar la interna armonía de sus corazones. Se detienen de vez en cuando, se vuelven a la ciudad y dejan errar las miradas bajo la cúpula luminosa del cielo. Una ráfaga suave de brisa acaricia los cabellos de ella y susurra a los oídos de él exquisitas frases de amor y esperanza. Dejados. No turbéis su ensueño. Es tan corta la vida y tan rápidos, tan escasos los momentos de verdadera felicidad!

Aquí y allá, diseminados por las laderas cubiertas de pequeños pedruscos, de pasto verde y raquítica vegetación de yerbas silvestres, aparecen grupos de excursionistas en los días festivos. Son en su mayoría muchachos que trepan como cabritillos y extranjeros que buscan aire puro y quietud para su descanso dominical. Es lamentable que nuestros connacionales tengan tan poca afición por esta clase de paseos modestos y reconfortantes. Y es también digno de lamentar el que nuestras autoridades no hayan adquirido ya el derecho para convertir el San Cristóbal en un bosque frondoso, plantado de pinos y araucarias, de robles y arrayanes, cruza-

do de caminitos y escondites apropiados para descansar, en donde nuestro pueblo pueda encontrar un paisaje varío y atractivo, como ha hecho la ciudad de Concepción con el cerro Caracol y muchas otras ciudades pequeñas del sur con los montículos más cercanos. Sería esta una obra mucho más eficaz para arrancar al obrero de la taberna que todas las proyectadas hasta hoy.

Pero parece que el grave inconveniente para realizar los proyectos de repoblación forestal del San Cristóbal se debe a que existen en él ricas canteras de piedra que explotadas en el día, amenazan convertirlo dentro de poco en un horrible cono truncado. Ya podemos ver su cumbre con

enormes rebanadas que se abren a la vista de la ciudad como enormes heridas sangrientas que procurasen excitar la compasión de los santiaguinos. Pero clama en el desierto. Ni una sola mano caritativa acudirá a cicatrizarlas con sus cuidados fraternales.

En una de las cumbres del San Cristóbal aparece la cúpula del Observatorio Astronómico. Durante el día, este pequeño recinto permanece completamente desierto; pero en las noches, a la misma hora en que la diadema de la Virgen enciende sus rojas luces, se pretenden servir de faro en las tinieblas de la ciudad, se desvuelve bajo el suave resplandor de las estrellas, el colosal antejo de los astrónomos como una antena rígida que escrutase en la inmensidad el porqué de todos los misterios.

Trabaja allí la expedición norte-americana dirigida por el encargado Mr. R. E. Wilson, junto de sus ayudantes Mr. R. F. Sanford y Mr. A. A. Scott. Es curiosa la vida que llevan estos ermitaños de la ciencia. Viven en la ciudad, al pie del San Cristóbal; duermen



Mr. R. E. Wilson, encargado de la expedición norte-americana

por la mañana, trabajan en sus notas y atienden al público en su oficina de la calle Pío IX, 241, durante la tarde, y suben a la cumbre a las 6 P. M. para pasar toda la noche en mística conversación con los astros hasta las 6 A. M., hora en que descienden de nuevo a la planicie. Su vida silenciosa pasa desapercibida para los habitantes de Santiago y ellos en cambio parecen preocuparse muy poco del mundo y de su enfurecido oleaje. Caminan felices, serenos, en su frágil barquilla, con la vista puesta en las alturas, en esas regiones infinitas en donde nuestra limitada imaginación sitúa el Sér Invisible que dirige nuestro rastrear de gusanos sobre la tierra. Ellos son felices y merecen toda nuestra envidia.